

Estudios 24

Revista de Investigaciones Literarias y Culturales

Departamento de Lengua y Literatura / Coordinación de Postgrado en Literatura
Universidad Simón Bolívar. Caracas

j u l i o
2004
d i c i e m b r e

SUMARIO

DOSSIER:

AMÉRICA LATINA, ESPACIO DE TRADUCCIONES

Andrea Pagni, coordinadora 7

Posiciones de la teoría

Traducir en América Latina: genealogía de un tópico de investigación

Birgit Scharlau 15

A Semiologia Clássica e a Resistência à Tradução

Rosemary Arrojo 35

Travessias, seqüências, encontros: o saber ficcional de Guimarães Rosa e a tradução

Else Ribeiro Pires Vieira 53

Situaciones de la práctica traductora

La traducción en América Latina: propia y apropiada

Georges Bastin, Álvaro Echeverri y Ángela Campo 69

El otro de la traducción: Juan María Gutiérrez, Héctor Murena y Jorge Luis Borges, modelos americanos de traducción y crítica

Susana Romano Sued 95

Olimpio en América del Sur. Usos hispanoamericanos del romanticismo francés

Andrea Pagni 117

Intérpretes, traductores y censores. Eduarda y Lucio Mansilla: miradas desde/ sobre la pampa

Graciela Batticuore 133

Periferia vs. periferia: el caso de Zsigmond Remenyik, poeta húngaro en la vanguardia chileno-peruana

László Scholz 157

"Aqueles dois": as cartografias multilíngües de Néstor Perlongher e Caio Fernando Abreu

Christopher Larkosh Lenotti 177

Traducción, interculturalidad y formaciones lectoras: El caso de *Mother Thongue* y la literatura de los latinos en los Estados Unidos

Juan Poblete 197

EL OTRO DE LA TRADUCCIÓN:

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ, HÉCTOR MURENA Y JORGE LUIS BORGES, MODELOS AMERICANOS DE TRADUCCIÓN Y CRÍTICA

Susana Romano Sued
Universidad Nacional de Córdoba

1. *Espacio de lenguaje entre mundos*

Llamamos *otro* de la traducción a una de las dimensiones involucradas en la relación de intercambio y transformación que entraña la transferencia de lengua y lenguaje, y que se alberga en la dimensión temporal y espacial propia de las acciones humanas que inscriben y escriben las culturas en su incesante discurrir. Ese término, *otro*, cerner el *uno*, conforma con éste el sentido asentado en los sujetos, anuda los órdenes lógico y simbólico, los emplaza recortando el orden de lo real, y hace suelo, es espacio de lenguaje entre mundos. Allí se instaure la diáspora, el territorio de la traducción. Es en esa diáspora donde se produce la transferencia y el alojamiento de lenguajes y sentidos, tanto de las literaturas como de la teoría y la crítica que se ocupan de ellas (Romano Sued, 1995, 1998, 2000a). Las transferencias, sus modos de pensarse y realizarse, están estrechamente vinculados a las concepciones de lenguaje y a sus relaciones no siempre felices con la realidad, tal como han ido realizándose a lo largo de la historia. Señalamos al respecto que un factor que promovió intensamente la práctica de la traducción en América Latina fue la creación de diversas instituciones ligadas al pensamiento y la escritura, como las universidades, las bibliotecas y las publicaciones periódicas.

La actividad de traducción es considerada como un fenómeno complejo capaz de tomar en cuenta la operación de importación de discursos críticos y literarios extranjeros en el campo de la recepción. El artículo discute acerca de la identidad y la alteridad, dimensiones que están involucradas en el fenómeno de traducción y en las prácticas del traducir, focalizando especialmente el proceso de importación de discurso y la construcción de una tradición crítica propia en Argentina. Asimismo, pretende reconstruir una genealogía de figuras argentinas que contribuyeron a afianzar la identidad crítica vernácula y sus propios modelos de traducción, como Juan María Gutiérrez, Héctor Murena y Jorge Luis Borges.

Palabras clave:

sujeto, otro, traducción, importación de modelos, identidad.

SUSANA ROMANO SUED

Es así como la traducción comienza a convertirse en un proceso editorial de vastos alcances, una de cuyas consecuencias es la conformación de un público lector que opera como regulador de la producción literaria y de traducción.

La construcción de la memoria forma parte de los procesos dinámicos de constitución y reconfiguración de las culturas. Y la memoria de una cultura, y también de su literatura, la podemos imaginar como un archivo gigantesco y cambiante; una suerte de libro inestable, parecido al block maravilloso concebido por Freud, o al Libro de Arena de Borges, en el que se van inscribiendo los acontecimientos de la escritura, guardados en reserva para el quehacer de las generaciones. Traducir es una de las actividades fundamentales para la conservación de esa memoria, cuyos archivos han sido hasta ahora los libros en las distintas lenguas, que hoy se hallan en vías de ser sustituidos por las memorias informáticas y los soportes que provee la digitalización. La traducción, como parte sustancial de la dinámica de las culturas, es la práctica que custodia la *supervivencia* de las literaturas por fuera de las fronteras lingüísticas de origen; pero también, por la vía de la omisión, es la responsable de *olvidos*, cooperando con lo que predomina como canon en cada época y lugar. Todo esto que parece obvio, sin embargo, no es evidente. Y es por eso que nos formulamos una serie de preguntas que ponen de relieve la importancia de estas cuestiones, especialmente las concepciones del lenguaje que están implicadas en ellas.

Nos encontramos, muy a menudo, inmersos en un hecho de traducción. Y sin embargo ¿cuándo tomamos conciencia de ello? ¿Cuándo reflexio-

The Other of Translation:
Juan María Gutiérrez;
Héctor Murena and Jorge
Luis Borges, *American
Models of Translation and
Critic*

The activity of translation is seen as a complex phenomenon capable of taking into account the operation of foreign critical and theoretical as well as foreign literary discourse into the reception system. The paper discusses identity and alterity, dimensions which are involved in the phenomenon of translation and translating practices, especially focusing on the discourse import process and the building of a critical tradition particular to Argentina. It also intends to build up a genealogy of Argentine personalities who contributed to affirm vernacular critical identity and their own translations models, such as Juan María Gutiérrez, Héctor Murena and Jorge Luis Borges.

Key Words:
Subject, Other,
Translation, Model Import,
Identity.

namos al respecto? ¿Qué alcance tiene la conmensurabilidad entre las lenguas y las literaturas? ¿Cuál es nuestra responsabilidad en la transferencia de un universo lingüístico a otro? ¿Hasta qué punto están implicadas en estas preguntas la cuestión de la transparencia o la opacidad del lenguaje, su capacidad para representar? ¿Y cuál es el grado de originalidad que acreditan las teorías que citamos y empleamos en las disciplinas en que se inscriben nuestras prácticas? Precisamente, respecto de esta última pregunta, surge otra: ¿qué grado de importancia tiene el estatuto de original, de origen, de originalidad?

Este conjunto de preguntas nos llevan ineludiblemente a otro, que tiene que ver con la identidad y la alteridad en el marco de la construcción de una nación y de lo que se entiende por "nacional": ¿cuán *nacional* es una teoría o una idea? ¿Dónde termina su pureza, su autenticidad, y dónde empieza su mezcla? Estos interrogantes se extienden de inmediato al universo de la literatura, por lo que cabe preguntarse cuántas influencias ajenas puede llegar a tener una obra literaria vernácula. Y también, ¿en qué medida una obra literaria traducida puede ser tenida por "local"? (Romano Sued, 2003).

El universo de la traducción, lo mismo que el universo amplio de la cultura, está atravesado por estas preguntas. La permanente presión de discursos varios que tiene lugar, sea como calco, o como préstamo, de un lado a otro de las fronteras que delimitan el territorio de nuestra pertenencia, promueve variados tipos de mezclas, injertos e híbrides discursivos, y contribuye a su vez a tramar el tejido de la memoria histórica y de la tradición. Y es así como se gesta la *identidad*. Sin embargo, esto que parece obvio, permanece invisible por causa de pactos no explícitos, o bien por la naturaleza misma del fenómeno.

Hay una dialéctica implícita de lo otro y de lo mismo en todos los procesos de constitución identitaria en el dominio de las subjetividades y las comunidades; con él nos confronta nuestra actualidad cada vez más violentamente. La diversidad cultural y su historia nos han enseñado que recoger ideas, modelos, géneros del conjunto de los discursos otros, e incorporarlos a la circulación cultural del mundo propio a través de la *imitatio*, la mimesis, forma una parte intrínseca y necesaria de los procesos del pensamiento y la cultura para la construcción de identidades individuales y comunitarias. Pero esta necesidad, aparentemente comprensible a primera vista, no lo es tanto; más bien requiere de una reflexión acerca de la delimitación de los factores de pertenencia y pertinencia de los mundos propios y ajenos, y del reconocimiento de los límites

identificatorios y sus marcas. La atribución y el reconocimiento de lo que es propio y de lo que es del otro, así como de las consiguientes escalas de valor que legislan sobre lo auténtico, lo original, lo único, son fenómenos constitutivos de la identidad. Y es éste un dominio que convoca actualmente las reflexiones en el campo de la política, la educación, la filosofía, la sociología, la antropología, la historia, la teoría y la crítica del arte y la literatura.

2. Plenitud y vacío en el continente americano

Cuando hablamos de mundos, de uno y otro, nos estamos refiriendo principalmente a Europa y América Latina, otro y uno; a las vicisitudes de un cortejo ambiguo, desigual, entre continente y continente. A castas, parias, descastados y reflejos encandilantes. A lenguajes e identidades culturales que componen la dimensión donde el fenómeno de la traducción y las prácticas del traducir tienen lugar.

Las categorías, clasificaciones y calificaciones para cernir conceptualmente la identidad latinoamericana emergen, acordes con la complejidad histórica y cultural del continente, desde la dislocación. Acordamos con Julio Ramos (1989) respecto de que en América Latina hay que hablar de una modernidad periférica, excéntrica y desigual, con cualidades constitutivas *sui generis*, como por ejemplo su rango propio de historización y periodización que resulta a su vez de las multiseculares exacciones y remociones a que ha estado sometido el continente desde la conquista hasta nuestros días¹.

De ahí que la traducción en América Latina tuviera y aún tenga un carácter *sui generis* en comparación con la traducción en Europa: en los albores de las lenguas romances, las culturas europeas fundaron sus respectivas tradiciones traduciendo a las propias lenguas incipientes, rudimentarias —y consideradas inferiores— el prestigio de las culturas y lenguas de la antigüedad grecolatina. Es en este sentido que George Steiner sostiene que la traducción es un modo y un modelo de transferencia de significación que explica el proceso todo de la cultura: “una cultura progresa en espiral a través de las traducciones de su propio pasado canónico” (Steiner, 1980: 501). Las culturas nacionales, concluye Steiner, se construyen en las intensas y deliberadas relaciones con lo extranjero (Romano Sued, 2003).

Abocados al completo vaciamiento de un cosmos (Subirats, 1994), los colonizadores españoles procedieron a la inversa cuando trataron de borrar en

América toda cultura preexistente. Además de continuarse con esa política durante los largos siglos de la colonia, también la historia de los procesos de independencia y consolidación de las naciones americanas evidencia que en las prácticas y modelos de traducción predominó la idea de la completa ausencia de equivalencia semántica. Es la historia que Occidente hace nacer con el *descubrimiento*. Germán Arciniegas (1944: 32) fue el primero en señalar el carácter equívoco de esa denominación, y propuso cambiarla por “encubrimiento” para dar cuenta de ese movimiento de ocupación sin precedentes por medio del cual la conquista instaló el castellano en las lenguas indígenas, de modo que éstas, así como sus hablantes nativos, se convirtieron en súbditos de la lengua “superior” del conquistador.

Los conquistadores y luego los evangelizadores se ocuparon de verter su propia cultura y su propia lengua —el español o el latín— a las lenguas indígenas americanas con ayuda de los indios y bajo la estricta vigilancia de los españoles (Catelli/Gargatagli, 1998: 127). En tal sentido, las lenguas que se hablaban en América funcionaban como meros receptáculos del castellano y el latín: “Ni los conquistadores ni los misioneros atribuyeron verdaderamente sentido a las representaciones imaginarias, a los contenidos complejos de las lenguas americanas [...] América podría ser descrita como la gigantesca escena vacía de sentido donde se *vierten* los contenidos castellanos a las lenguas americanas” (ibid: 129).

Durante la conquista y la colonización se produjo la desestructuración de las formas tradicionales de organización social, política, religiosa y económica de los pueblos americanos, y la conformación de una nueva sociedad criolla. Paralelamente, se reestructuró el mapa lingüístico prehispánico. La presión conquistadora de los idiomas de mayor prestigio hizo desaparecer muchas de las lenguas que se hablaban en la región; asimismo, debido a la imposición del sistema de la encomienda, numerosas comunidades fueron desmanteladas y con ellas sus lenguas; de manera que los idiomas indígenas, en su gran mayoría, fueron confinados al entorno reducido del habla familiar. Hay que considerar también como efectos lingüísticos de la conquista española la instauración de lenguas mezcladas, lenguas francas, *créoles*, así como todos aquellos fenómenos de interferencias y de préstamos (Catelli/Gargatagli, 1998: 127-129). Sólo a partir de esfuerzos relativamente recientes, sobre todo durante el siglo XX, comenzó una lucha por el rescate de las culturas y lenguas prehispánicas. Así se ha empezado a recuperar el pasado precolombino de las

culturas americanas estableciendo nuevas periodizaciones y generando discusiones acerca de los momentos, los lugares y los hechos a ser reconstruidos a fin de recrear legítimamente la historia de América. Y con ella la de su identidad y subjetividad.

Existen muchos puntos de vista que animan las diversas maniobras de rescate; miradas particulares que ciernen al sujeto de esta orilla, que aparece como una entidad compleja, que a su vez se proyecta hacia el otro europeo, revelando la difícil conceptualización de su estatuto identitario. Este sujeto periférico recoge discursos y saberes críticos en las metrópolis y los ingresa a su propio suelo, diaspórico, con la marca de la transformación. No podemos dejar de interrogarnos sobre la magnitud de la *propiedad* y la *soberanía* de ese discurso crítico. Y sobre los gestos que animan la recuperación del mismo en el curso historiográfico de la crítica.

La historia se presenta variada y desigual según sean los momentos o estaciones en que posamos la mirada para reconocer procesos y modos en que se han administrado olvidos y memorias, afirmaciones y denegaciones; destituciones de otro primordial y constituciones de un sujeto nuevo, otro, con rasgos distintivos. Un caso revelador entre muchos es el de Octavio Paz y su construcción de una imagen de la cultura mexicana como hibridación exótica del acervo cultural europeo injertado en lo mejicano *a partir de la conquista*. Este autorretrato exportable, que satisface la noción de alteridad latinoamericana que se tiene en Europa, alimenta complementariamente el concepto de cultura colonizada y promueve una comprensión restringida y restrictiva de lo que es cultura, identidad y traducción².

3. Traducción y Nación

Es fundamentalmente en el siglo XIX cuando América Latina es impregnada por el discurso modernizador. Los idearios del romanticismo europeo, en conjunto con la herencia ilustrada, ingresan al continente y se diseminan —por la vía de la traducción— produciendo impactos muy profundos. Y cada una de las naciones, en sus procesos de emancipación, constituye un caso específico de asunción de ese discurso moderno. Percibimos hasta la actualidad los efectos de modernidad entramados con las prácticas de importación de discursos, de pasajes y de aduanas culturales. En otras palabras: las

prácticas de traducción son un factor constitutivo de la historia de las culturas y de las naciones latinoamericanas.

Ha de entenderse la traducción en el sentido complejo y amplio de *importación*; que a su vez abarca la noción de *aduanas*: a través de ella ingresan modelos, formas retóricas, ideas, modos de comportamiento, tanto de textos como de los usos del vivir cotidiano; es decir, que se la entiende superando el sentido básico de la permutación lingüística de vocablos³. La cultura de una comunidad, de una nación, es el resultado de la incorporación de factores de distinta y múltiple procedencia⁴. Son los modos particulares de apropiación de lo otro los que hacen distintiva a una cultura, y no la pureza de sus contenidos, de modo que se debe relativizar el alcance de lo original, de lo autónomo absoluto⁵.

En la Argentina, la fundación y legitimación del discurso crítico como institución nace casi junto con la república después de 1810 y 1816. Su cantera permanente hay que buscarla en las bibliotecas europeas. La incorporación de textualidades y escrituras de diverso cuño lingüístico y cultural generó un movimiento de descolonización antiespañola, por una parte, y por la otra, la reinstalación de una dependencia concebida como necesaria garantía de esa ruptura con el orden colonial. Esto resulta evidente en las producciones críticas de mediados del siglo XIX, impulsadas por la consigna imperativa de incorporar lo *otro europeo no español* para fundar lo *propio*, y así consolidar los discursos nacionales

Dos figuras claves del horizonte emancipador son Juan María Gutiérrez y Domingo Faustino Sarmiento. Imbuidos del espíritu independentista ambos exhortaron a la ruptura lingüística y cultural con España, que representaba el atraso y el oscurantismo. Tanto para Gutiérrez como para Sarmiento, un idioma, una literatura, una ciencia y un pensamiento nacionales eran la base imprescindible para consolidar el proceso emancipatorio. Y la traducción era uno de los medios fundamentales para lograr ese objetivo, importando modelos, saberes y textos. Como puede verse, la construcción de las entidades de *sujeto* y de *otro* está ligada entonces estrechamente por un lado a la importación de saberes, y por otro lado a la conformación del discurso crítico. Y estos procesos constructivos no son sin la traducción.

4. Discurso crítico y traducción en Juan María Gutiérrez

En la década de 1830 los intelectuales porteños lanzaron un programa de fundaciones que contribuiría a la liberación total de España, si bien las tomas de posición y las discusiones no carecieron de contradicciones y diferendos. Emilio Carilla aborda la cuestión del antiespañolismo de los románticos en el Río de la Plata:

[...] el ataque a España (a su historia, su ciencia, su literatura) no se detiene ante su lengua, aunque se hagan a veces concesiones [...] Juan María Gutiérrez, Sarmiento y Alberdi son los que adoptan en la materia una actitud más radical. Los tres testimonian en no pocos pasajes de sus obras, sus preocupaciones ante la lengua dentro de esa dirección (Carilla, 1967: 170).

La apuesta más fuerte consistía en lograr un discurso nacional auténtico en todos los aspectos de la cultura. En "Fisonomía del saber español: cual debe ser entre nosotros", uno de sus textos más citados, considerado fundacional, Gutiérrez sostiene:

Nula, pues la ciencia y la literatura española, debemos nosotros divorciarnos completamente con ellas, y emanciparnos a este respecto de las tradiciones peninsulares, como supimos hacerlo en política, cuando nos proclamamos libres. Quedamos aún ligados por el vínculo fuerte y estrecho del idioma: pero éste debe aflojarse día a día, a medida que vayamos entrando en el movimiento intelectual de los pueblos adelantados de Europa. Para esto es necesario que nos familiaricemos con los idiomas extranjeros, y hagamos constante estudio de *aclimatar al nuestro cuanto en aquéllos se produzca de bueno, interesante y bello* (cit. en Carilla, 1967: 171; el subrayado es nuestro).

Hay que situar las estrategias intelectuales y escriturarias de Juan María Gutiérrez en un punto de oscilación entre los polos de la centralidad y la subalternidad, en el sentido de que su conciencia de ser periférico y dependiente de España, le impulsaba a un paradójico proceder: copiar, reproducir (de Francia, de Alemania, etc.), para dejar de copiar y reproducir (lo español).

Por su parte Félix Weinberg, en su ensayo titulado *El salón literario de 1837* (1977), realiza un estudio minucioso de lo que fue el escenario romántico e ilustrado a la vez, de la puesta en marcha de tan ambicioso programa de gestación de *discursos propios*, entre ellos el de la crítica literaria, y pone de relieve la fascinación que el pensamiento europeo y su literatura, especialmente francesa, ejercía sobre nuestros intelectuales. Weinberg retoma las palabras de un miembro del grupo del Salón, Vicente Fidel López:

[todas esas obras] andaban en nuestras manos produciendo una novelería fantástica de ideas y de prédicas sobre escuelas y autores [...] nuestro espíritu tomó alas hacia lo que creíamos las alturas [...] aprendíamos a pensar a la moderna y a escribir con intenciones nuevas y con formas novísimas (cit. en Weinberg, 1977: 17).

Weinberg sostiene que éste fue el origen de la asombrosa multiplicación de librerías en Buenos Aires. A propósito, en "La Librería Argentina", un capítulo de *Las Sagradas Escrituras*, Héctor Libertella señala:

En 1837, en la única dársena de ese puerto [Buenos Aires], un grupo de jóvenes impacientes aguarda que descarguen su preciosa mercadería. Paquetes con ejemplares de Sainte-Beuve, Vico, Montaigne, Dumas, Herder, Hugo, Byron, Adam Smith, Locke, Rousseau... La ansiedad de esos jóvenes hace eco eléctrico en uno solo de ellos, que espera la buena nueva o la novedad bibliográfica en la ciudad. Es Marcos Sastre (Libertella, 1993: 203-204)⁶.

Volviendo a Weinberg, recordemos que se refiere también a la decepción y el desencanto que reinaban entre los ávidos intelectuales y literatos porteños con respecto a la universidad, que de ningún modo satisfacía sus demandas de nuevos saberes y nuevas ideas con las que pudieran reemplazar los modelos españoles caídos en desgracia; por lo cual acudieron al pensamiento europeo, con lecturas que iban a tener vastas y relevantes consecuencias en la realidad política y cultural del país, como por ejemplo el *Curso de Historia de la Filosofía* de Victor Cousin, cuya traducción parcial había sido realizada por Tomás Guido y Alfredo Bellemare, un estudio francés establecido en Buenos Aires "con el expreso propósito de que Buenos Aires recibiera [...] puede decirse, los

primeros reflejos que alcanzan a este continente del brillo de las producciones de los sabios que se consagran a la ilustración y ventura de la Humanidad" (Weinberg, 1977: 24) Y agrega un listado de los principales nombres que circulaban, fuentes favoritas en el horizonte de estos intelectuales:

Desde 1830, coincidentemente con la repercusión de las jornadas revolucionarias parisinas de julio, comenzaron a multiplicarse en los escaparates de las librerías porteñas centenares de volúmenes que generosamente abrían horizontes nuevos. Literatos, juristas, filósofos, políticos, historiadores de allende el Atlántico, entremezclaron sus nombres en la avidéz insaciable de nuestros jóvenes: Fortoul, Cousin, Chateaubriand, Dumas, Quinet, Lerminier, Saint Simon, Guizot, Leroux, Jourffroy [sic], Scott, Staël, Villemain, Nisard, Lamennais, Hugo, Tocqueville y los periódicos *Revue de Paris*, *Revue Britannique*, *Revue Encyclopédique*, *Revue des Deux Mondes*, *The Edinburg Review* (Weinberg, 1977: 17-18).

El objetivo era entrar a toda costa en el movimiento intelectual de los pueblos adelantados de Europa, pero con la salvedad de que todo lo que se adoptara de Europa habría que incorporarlo teniendo en cuenta las características propias del desarrollo social local.

Nicolás Rosa traza en *Los Fulgores del simulacro* (1987) un recorrido sistemático de la genealogía de la crítica en nuestro país, y analiza la construcción del discurso de Gutiérrez señalando ciertas contradicciones ocultas que habría en la crítica romántica y que operarían en niveles superpuestos:

Los Modelos literarios —como los críticos— funcionan en forma particular dentro del fenómeno de la dependencia cultural: la presencia del lenguaje tanto en el modelo como en la práctica de la reescritura, componen el funcionamiento de la ideología como una producción semiótica particular. Esta producción de sentido se dobla nuevamente sobre una actividad crítica que si bien es la figura inmanente del modelo, no establece una relación de congruencia absoluta con el mismo. De esta manera consideramos tres niveles estructurales en la condensación del proceso: el Modelo, la operatoria de la traducción, y la puesta en praxis de la misma (Rosa, 1987: 56-57).

Rosa llama nuestra atención acerca de los alcances de la obra de Gutiérrez que, por su carácter notablemente complejo, se extiende a todos los estratos "aunque su labor no los actualice en similares niveles de intensidad. Como teorizador de la literatura opera en el nivel de la traducción literal al igual que Echeverría" (Rosa, 1987: 57). Sostiene Rosa que el discurso crítico de Gutiérrez es ejemplar puesto que por un lado alberga en sí mismo una serie de tesis iluministas reimpresas sobre los esquemas de la estética romántica, y por otro lado y al mismo tiempo se da como objetivo recomponer sus modelos por vías de la incorporación de "nuevos elementos y nuevas formulaciones que implican un estudio más avanzado en la práctica al mismo tiempo que construye una regresión 'histórica' fuertemente marcada en relación a los presupuestos románticos originarios" (ibid). La siguiente afirmación de Rosa es clave para nuestra mirada sobre la constitución de un discurso crítico fundante en relación con la apropiación del pasado y con la importación:

La característica constante en Gutiérrez es la valoración de la literatura como un fenómeno histórico cuya ley fundamental es la causalidad: su preocupación —que aparece por primera vez en un crítico argentino— por el pasado lejano (colonial) y el inmediato (revolucionario) proviene de esta premisa, acentuada por su afán documentalista entendido como una recuperación del pasado [...] Este objetivo se contrapone, en apariencia, a una problemática explícita de la literatura y su función como uno de los factores esenciales del progreso y a un programa político expreso: la literatura americana sólo existe —o existirá— en oposición a la cultura española viciada por su fanatismo y su clericalismo beato, su conservadurismo y su falta de libertad política [...] (Rosa, 1987: 57-58).

Y más adelante, concluye Rosa, "Gutiérrez tipifica más que ningún otro crítico de la época la contradicción generada por la transposición de los 'modelos' estéticos del romanticismo encarnados en una sobreteorización de la ideología iluminista de la cultura que superponía la realidad de lo natural a lo real histórico" (71)7.

Con respecto a la crucial cuestión de la formación del idioma nacional Gutiérrez comprueba la relevancia de la inmigración tanto en la lengua popular cuanto en el cosmopolitismo porteño típico de una constelación europea no española —más bien francófila y anglófila— y considera que era necesario

pasar por ese estado inevitable y transitorio de contaminación del idioma causada tanto por la inmigración como por la infatigable incorporación y lectura de libros extranjeros.

5. Héctor Murena: Parricidio y traducción

Se puede afirmar que en Juan María Gutiérrez, con su proyecto a la vez ilustrado y modernizador y fuertemente penetrado por las ideas románticas, se anticipan aquellas fuertes contradicciones que caracterizarán, cien años más tarde, a dos figuras, que si bien son de dos generaciones distintas, pertenecen al grupo de la revista y editorial *Sur* de una manera *sui generis*: Jorge Luis Borges y Héctor Murena. Sus emblemáticas reflexiones acerca de lo propio y lo otro respecto de la cultura y la literatura argentinas, condensan ejemplarmente el debate sobre la identidad nacional.

Borges fue en *Sur* un elemento central y periférico al mismo tiempo, sobre todo en lo que se refiere a la constitución de cánones y a la cuestión de la traducción. Y Héctor Murena, cuya heterodoxia lo situó también en un lugar excéntrico con respecto a *Sur*, fue al mismo tiempo lateral, heterodoxo, en relación con otros medios intelectuales y literarios de su contemporaneidad. Este pensador y escritor que había traducido tempranamente y por primera vez las obras de grandes maestros (a los que diferenciaba de los profesores) se situaba en el áspero y desierto suelo de la desposesión, despreciando la acumulación de conocimientos eruditos y profesoriales, desconfiando de la avidez por la importación permanente de ideas y textos.

Borges, el fantasma paterno de la construcción de la cultura sobre la ruina del legado, interesa en lo que sigue tanto por su condición de paradigma magistral para Murena —enunciador del segundo parricidio practicado en la diáspora americana por la vía de la desposesión de la herencia cultural— cuanto por su estatuto de modelo, por su posición descentrada respecto de la literatura, la cultura y la traducción.

El proyecto *Sur* (editorial y revista), esa maquinaria de constitución de canon que dirigió durante décadas Victoria Ocampo, fue una especie de gran laboratorio cultural y literario en el que surgieron grandes y pioneras traducciones lanzadas al ruedo de la literatura argentina⁸, como las que efectuó justamente Héctor Murena en su calidad de miembro algo marginalizado del

grupo en la “Colección de Estudios Alemanes” de *Sur*, incorporando al discurso vernáculo a autores como Adorno, Benjamin, Benn, Habermas, Horkheimer, Marcuse y Simmel entre muchos otros. Su integración de las bibliotecas metropolitanas al pensamiento y la cultura locales por la vía de la traducción estaba alentada por el propósito de enriquecer la propia tradición “y participar del duelo de las ideas de su tiempo, generando en algunos casos polémicas que nuestra sociedad no ha saldado” (Moore, 2003: 12).

Consideramos que su perspectiva guarda cierta similitud con nuestro concepto de la traducción como *diáspora*, en la medida en que Murena entendía la dispersión de las lenguas, su confusión, como una señal iluminadora del destino humano, un signo de su diversidad, una revelación de sus diferencias:

La dispersión por la tierra, la confusión de la lengua, tiene por fin indicar otra vez al hombre cuál es su naturaleza, cuál es su destino: la diversidad, el reino de las diferencias. El gesto de Yahveh libera al hombre de la locura del destino único, de la obsesión del regreso; le indica que el camino de retorno está para él sólo a través de la *aceptación de la diversidad* (Murena, 1984: 75).

Encarnando la posición de pensador que integra lo forastero y celebra la diversidad de lenguas y culturas, Murena desarrolló por un lado una hipótesis sobre el ser americano fundada en la condición necesaria del parricidio cultural y por el otro, una demanda de abandono de la importación de textualidades como mera acumulación erudita, porque consideraba, como ya ha sido dicho, que la vacua y estéril acumulación de conocimientos constituía un simulacro y un pecado de inautenticidad americana (Mattoni, 2003: 163).

América era a sus ojos algo enigmático, una suerte de criptograma que había que descifrar, un texto a traducir e interpretar. En la medida en que consideraba que los americanos se encontraban en perpetua diáspora, Murena llevó a una tensión extrema por un lado el vehemente antihispanismo de quienes habían tomado por modelo lo europeo no español o lo norteamericano; y, por otro lado, de los que pretendían voluntaristamente consagrar lo indígena como identidad originaria. Convencido de la falacia del indigenismo, y de la mera ilusión de las proclividades europeístas, sostuvo para los

americanos —en verdad, para los argentinos— la condición de desposeídos; una condición que, en última instancia, posibilitaría el surgimiento, la invención de nuevos discursos, propios de esta tierra, y libres de todo epigonismo.

En *El pecado original de América*, publicado justamente por la editorial Sur en 1954, Murena insiste en la ajenidad de la cultura americana como síntoma de la carencia de una tradición propia, como resultado de la mera erudición heredada e incrementada, que por eso mismo deviene imagen alienada de la propia subjetividad. Posiblemente Murena se refiriera aquí, en clave negativa, a la “irreverencia” que Borges había celebrado en su ensayo sobre el escritor argentino y la tradición como una modalidad americana y argentina del uso creativo de la cultura europea en tanto material disponible para la construcción de un discurso propio (Borges, 1994: 276). Efectivamente, lo que para Borges resultaba ser una ventaja y un privilegio, es decir, el uso reciclado e irreverente de toda la cultura occidental en América latina, en el discurso de Murena aparece como un “pecado original”, como el fantasma de una deuda impagada que vuelve, una y otra vez, en el servilismo epigonal de quienes se prosternan ante la erudición. Murena entiende que esos comportamientos acumulativos de conocimientos ocultan la necesaria y fatal desposesión, son un simulacro. Puesto que el encandilante brillo de los conocimientos importados en los barcos sería mero sucedáneo, y no precisamente cultura. La voluntad parricida de los americanos, su marginalidad temporal y espacial, se pondría de manifiesto en el gesto europeizante de buscar sus modelos antipaternos en cualquier tradición que no fuera la hispánica, y para ello buscaban sobre todo en la tradición francesa.

De manera que en términos textuales, la cultura de América en general y de Argentina en particular resultaría, según Murena, de un calco, de la copia del texto original europeo. Esta forma de mimetizar y reproducir extremaría la condición de desterrados de los americanos, inmersos en un vacío cultural generado por la incorporación desmedida y estéril de objetos simbólicos importados, fundado en una borradura del origen y en un ingenuo nacionalismo cultural. Los americanos, en la medida en que somos europeos *desterrados*, seríamos una *versión* en el destierro, una *diáspora*. Y una fórmula para superar ese des-tierro, sería llevar a cabo un *en-tierro*: como en *Tótem y Tabú*, el clásico texto de Freud, se trataría de matar al padre textual y genitor, destruir

el texto original, ejecutar el parricidio, desautorizar la estirpe. En el terreno de la lengua, habría sido Sarmiento quien ejecutara el parricidio a través de su renovación ortográfica; y Rubén Darío quien, aunque de manera artificiosa, empleara la lengua francesa como instrumento de ruptura del castellano. Para Murena, entonces, la cultura americana no era sino un lugar sin tradición, un puro vacío⁹, porque quienes llegaron a América con la conquista habían dejado atrás su propia cultura y sus antiguas tradiciones. Y entonces se trataría de inventarlas; de que fueran constituyéndose a partir justamente de los escritores que pudieran ir más allá de las formas europeas —como Ezequiel Martínez Estrada, Jorge Luis Borges, Eduardo Mallea, Leopoldo Marechal— aquellos que supieron sustraerse a lo epigonal. La traducción, entonces, sería un medio y un fin, una herramienta para hacer revivir en un nuevo suelo los pensamientos y las dicciones de los maestros (aquellos a quienes él mismo traducía), y hacerlos convivir con las escrituras de los maestros de esta tierra; una originalidad hecha de la mezcla, en la brecha diaspórica de este suelo de desposeídos.

6. Jorge Luis Borges: el traductor argentino y la tradición

Borges sabía que en el momento de su advenimiento a la literatura los monumentos literarios españoles ya existían para siempre. Y este saber lo acompañó en su propósito de desacralizar los legados, sobre los que se interrogó constantemente, buscando un modo de fundar y sobre todo fundamentar la existencia de una literatura nacional, más allá de toda simplificación folclorizante y superando también toda pose de cosmopolitismo. ¿Qué lengua nos escribe cuando es una lengua heredada? ¿Qué pensamientos, qué ideas nos habitan que murmuran en el espejo de esa lengua otra? ¿Qué rango tiene la tradición? Preguntas que involucran por cierto la compleja cuestión de la identidad (Romano Sued, 1998).

Son bien conocidas las respuestas que ensayó Borges a esas preguntas a partir de ese texto clave que fue “El escritor argentino y la tradición” y su provocadora tesis de que la tradición no sería sino una invención, un artilugio retórico. La argentinidad o latinoamericanidad en la literatura no estaría dada por la proliferación de rasgos “típicos” ni de un lenguaje más o menos “gauchesco”, sino en la universalidad de sus registros¹⁰. De lo que se concluye que

la condición de lo argentino no proviene de la obligatoriedad de una remisión al pasado, a un supuesto *origen*, encarnado en una figura o en un modelo como podría serlo el gaucho, para cierto canon nacionalista: “debemos pensar que nuestro patrimonio es el universo; ensayar todos los temas, y no podemos concretarnos a lo argentino para ser argentinos: porque o ser argentinos es una fatalidad y en ese caso lo seremos de cualquier modo, o ser argentino es una mera afectación, una máscara” (Borges, 1994: 274).

Borges sostenía en ese mismo ensayo que la cultura occidental es materia disponible para la literatura con infinitas posibilidades de reutilización. Frente al fuerte reclamo ideológico de desextranjerizar y nacionalizar la cultura argentina, postuló que la cultura argentina sólo podía pensarse desde la traducción, destituyendo con ese postulado las ideas de origen, de autor, de obra original y conclusa¹¹. En tal concepción, la literatura es ese territorio flexible en el que tienen lugar las más inesperadas relaciones y los más paradójales encuentros —en definitiva, lo que llamamos “diáspora” (Romano Sued, 1995).

Borges hizo de la traducción un programa literario, asimilándola a un modelo de lectura y de escritura. Su actividad específica de traductor, indisolublemente ligada a su escritura creativa, se refleja en la difusión en la Argentina de autores y géneros literarios como el policial y el fantástico, que contribuyeron a ensanchar el horizonte estético y lingüístico de la literatura argentina. Su tesis de que todo lo escrito es desde siempre traducción, del estatuto equivalente de la traducción y el original, ya que ningún texto sería definitivo, aparece profusamente en sus ensayos, cuentos y poemas. Leemos, por ejemplo, en “Las Versiones Homéricas” de 1952, que “la traducción parece destinada a ilustrar la discusión estética”:

[...] Bertrand Russell define un objeto externo como un sistema circular, irradiante, de impresiones posibles; lo mismo puede aseverarse de un texto, dadas las repercusiones incalculables de lo verbal. Un parcial y precioso documento de las vicisitudes que sufre queda en sus traducciones. Presuponer que toda recombinación de elementos es obligatoriamente inferior a su original, es presuponer que el borrador 9 es obligatoriamente inferior al borrador H, ya que no puede haber sino borradores [...] La superstición de la inferioridad de las traducciones —amonedada en el

consabido adagio italiano— procede de una distraída experiencia. No hay un buen texto que no parezca invariable y definitivo si lo practicamos un número suficiente de veces [...] El concepto de *texto definitivo* no corresponde sino a la religión o al cansancio (Borges, 1994: 239).

La posición peculiar del sujeto lector y traductor que reescribe las obras en el proceso de constituirse en medium de la escritura entre universos de la misma o de diferente procedencia lingüística se ve con prístina claridad en el tan citado relato “Pierre Menard, autor del Quijote” (Borges, 1994: 444-450), en el que Borges nos entrega una metáfora de la escena de la traducción al proponernos pensar a un escritor francés contemporáneo generando, desde su propio universo mental, algunas páginas que reproducen textualmente dos capítulos del *Quijote*. Una obra traducida puede ser vista como ella misma y su doble, por la duplicación en lenguas que implica. Lo que el relato de Borges postula, engañosamente, es que hay dos obras que participan de un mismo lenguaje; o sea, la paradoja reversible de que en lo diverso se da lo mismo, y en lo mismo lo diverso. La lectura del cuento no impide pensar, además, que el texto de Menard, su “transcripción” del *Quijote*, esté en francés, de modo que la identidad es imposible, o en todo caso, ese dato queda oscuro, y hace de la tesis borgeana algo equívoco y polisémico. Por un lado, sería imposible replicar en una lengua algo que está escrito en otra. En segundo lugar, aun si fuera posible obtener una réplica perfecta, entonces se disolvería, por innecesaria y superflua, la existencia del original. Y, por último, si no se disolviera uno de los dos, la identidad se vería negada ya que las instancias de la escritura y la lectura producidas en otro tiempo y en otro lugar, por otro sujeto, serían de todos modos diferentes, según lo muestra el conocido dicho de Heráclito con respecto al río. Nuevamente se crispa toda noción de transparencia del lenguaje, de su aptitud de duplicación del mundo, de representación, cual si hubiera un mítico origen del cual se desprenderían todas las versiones.

7. Tradición, traducción e identidad

Retomemos en este punto algunas de las preguntas que fuimos planteándonos a lo largo del presente escrito. Las tres figuras que nos han guiado en

nuestras reflexiones formularon sendas propuestas para pensar la tradición, la cultura, las ideas, la literatura argentinas. Estas propuestas, que son a la vez modelos de traducción y modelos de identidad, son desplegadas desde una conciencia que se sabe en los márgenes, fuera de la centralidad metropolitana, y al mismo tiempo carente de una cosmogonía mítica, de un *illo tempore* propio de pueblos y culturas *originarias*. Se trata de una historia por hacerse, construida en la hibridez. Entonces, ¿cómo delinear modelos que conviertan la copia, la importación acrítica que Murena desprecia y rechaza, en puntos de referencia válidos para la determinación de lo propio y lo otro? ¿En qué punto de la dialéctica de lo propio y lo otro situar la construcción de identidad que propone Gutiérrez? ¿Qué instancia histórica colocar como comienzo, qué instante “precursor” podría indicarnos Borges para empezar a leer desde allí lo propio, lo argentino como valor universal? ¿En qué momento lo particular y lo universal coinciden en una identidad determinada? Si la universalidad viene del territorio de la mezcla, de la mezcla de textos y de lenguas, no se trataría de elucidar y extraer lo que quedaría como resto, despejado todo lo que viene de afuera, sino de marcar los modos de apropiación, tramitando así una configuración dialéctica y procesual de los legados y con ello la tradición. Operaciones todas en las que la traducción tiene una continua e insoslayable responsabilidad.

Notas

- ¹ En el trasfondo de todos los planteos hubo siempre la insistencia en instituir un conjunto *propio, auténtico, autónomo*, liberado al máximo de toda dependencia cultural. Se ha dicho más de una vez que adherir a patrones y modelos teóricos provenientes de Europa —como el ejemplo reciente de la implantación en el mundo intelectual vernáculo del conjunto de autores asignados al paradigma post-estructuralista— es síntoma de dependencia cultural; y en el afán de independencia, de originalidad, que en muchos casos raya en el fundamentalismo, se incurre en la adhesión sustitutiva a otros modelos, igualmente importados, pero con el argumento de que garantizarían autonomías.
- ² Pensemos aquí en la figura de la Malinche, capturada en la duplicidad de traductora y traidora, a quien se le imputa la responsabilidad de haber facilitado la conquista a través de su condición de “lengua” y de amante del conquistador. Aquí, la

remanida fórmula *traduttore-tradittore* vuelve a refirmar la tradicional asimetría entre un original en una lengua superior y su traducción a una lengua subalterna, que coloca al traductor bajo la sospecha de no honrar la deuda lingüística con su amo.

- ³ Cotidianamente nos hallamos inmersos en un mundo de traducciones, y no reparamos por lo general en ello. Desde el doblaje televisivo y el subtítulo en el cine, hasta el lenguaje publicitario gráfico o audiovisual y de los manuales de uso de toda clase de aparatos, todo tiene la marca de la traducción. Y específicamente en la comunidad de trabajo intelectual, en la comunidad de lectores, nos encontramos con nombres y textos de todo tipo que viajan de otras lenguas y otras culturas hasta nuestra lectura y agregan, en reciprocidades sin simetrías, una estación más a los retornos de nuestras escrituras hacia otros suelos. Con frecuencia, ya están transpuestos a nuestra lengua. En otros casos, accedemos a ellos en una lengua extranjera, que no es necesariamente la de origen. Nuestro trato con otras lenguas, mediadas o no, es permanente. Sobre todo en la práctica académica, local y continental.
- ⁴ El fenómeno de la importación/traducción, puede ser abordado asimismo desde las categorías ya “naturalizadas” de aculturación y transculturación, una manera igualmente enriquecedora de indagar sobre las mencionadas aduanas discursivas y el ingreso y adecuación de paradigmas, modelos, discursos, con la multiplicación correspondiente originada en los distintos soportes lingüísticos.
- ⁵ “No se trata de negar ‘modelos’ si estos son válidos —ni la historia de estos modelos—: se trata del criterio con el cual los aplicamos”, afirma Nicolás Rosa (1987: 292). Rosa discute y refuta aquí a Blas Matamoro en el terreno de la crítica literaria, especialmente de la aplicación de “modelos” para dirimir la condición de un texto borgeano.
- ⁶ Recuérdese aquí que las reuniones del Salón Literario se realizaban en la librería de Marcos Sastre, donde se podían encontrar, como recién salidos del horno, los novedosos ejemplares que traían el tesoro de allende el mar, en el vientre de los barcos, de la Europa no española.
- ⁷ Nicolás Rosa pone de relieve lo que en el discurso de Gutiérrez remite a la cuestión de la originalidad de la literatura americana. Esta literatura debería estar fundada en una concepción de lenguaje que representara a la naturaleza, al menos una visión *americana* de la misma. Aquí hay una fuerte impronta romántica en cuanto al estatuto de un objeto estético que se le asignaba a la naturaleza; en este caso, con la función de ligarla a la recuperación del territorio como *propiedad nacional*, como garantía de la soberanía política. Dicha conjugación conduciría luego a un *americanismo literario*, que para Rosa “actúa como una superestructura jerarquizada sobre la problemática de la descolonización [...] ‘independientes en política,

colonos en literatura” (1987: 61). Esta posición se articula con la postulación de Edward Said acerca de la eficacia de la instalación y consolidación de los imperios y sus asientos ideológicos construidos y garantizados en la transmisión literaria; por ejemplo, a través de los literatos de los centros metropolitanos y de las periferias coloniales (Said, 1996).

- ⁸ Hay casos en que las traducciones no solamente facilitan el ingreso del texto de partida, introduciendo géneros, estilos, códigos y temas en la literatura de llegada, sino que pueden llegar a instaurarse como hitos fundantes en la cultura receptora, puntos de origen de tradiciones y modelos de traducción como proceso y como producto. A estas traducciones maestras de carácter casi mítico, como por ejemplo el primer Shakespeare en castellano, o el primer Dostoievsky, o el primer Baudelaire las llama Antoine Berman “las grandes traducciones”.
- ⁹ Nótese aquí la semejanza con lo enunciado anteriormente respecto del vacío que busca la Conquista. Pero ahora el vacío es de otro orden, no es un vacío resultante, sino causante, que debería promover la auténtica invención de la tradición, y no la implantación violenta (genocida) de la evangelización.
- ¹⁰ Adorno denuncia y refuta en su *Teoría Estética* la remisión al origen como garantía del valor de la obra de arte. Ver al respecto Romano Sued (2003).
- ¹¹ La afirmación moderna de que *nada ha sido escrito aún*, y la clásica de que *todo ya ha sido escrito* forman parte del oxímoron de la biblioteca de Babel en el cuento homónimo de Borges, que contiene todos los libros en todas las lenguas (Borges, 1994: 465-471).

Bibliografía

- Arciniegas, Germán (1944) *América, tierra firme*. Buenos Aires: Losada.
- Berman, Antoine (1984) *L'épreuve de l'étranger*. París: Gallimard.
- Borges, Jorge Luis (1994) *Obras Completas*. Buenos Aires: Emecé.
- Carilla, Emilio (1967) *El romanticismo en la América hispánica*. Madrid: Gredos.
- Catelli, Nora y Marieta Gargatagli (1998) *El tabaco que fumaba Plinio*. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- Libertella, Héctor (1993) *Las sagradas escrituras*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Mattoni, Silvio, (2003) *Las Formas del Ensayo*. Córdoba: Universitat.
- Moore, Esteban (2003) “H.A. Murena: la inversión de la mirada”. *Omero* 10: 12-14.
- Murena, Héctor (1954) *El pecado original de América*. Buenos Aires: Sur.
- ____ (1984) *La metáfora y lo sagrado*. Barcelona: Alfa.
- Ramos, Julio (1989) *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Romano Sued, Susana (1995) *La diáspora de la escritura*. Córdoba: Alfa.
- ____ (1998) *La escritura en la diáspora*. Córdoba: Narvaja Editor.
- ____ (2000a) *La traducción poética*. Córdoba: Nuevo Siglo.
- ____ (2000b) “Crítica y Traducción: El sujeto y el otro en la periferia”. *Die Moderne(n) der Jahrhundertwenden*. Vittoria Borsò y Bjorn Goldammer eds. Baden Baden: Nomos Verlag.
- ____ (2003) *Travesías. Estética, poética, traducción*. Córdoba: FoCo Cultural Ediciones.
- Rosa, Nicolás (1987) *Los fulgores del simulacro*. Santa Fé: Centro de Publicaciones de la Universidad Nacional del Litoral.
- Said, Eduard (1996) *Cultura e Imperialismo*. Trad. Nora Catelli. Barcelona: Anagrama.
- Steiner, George (1980) *Después de Babel. Aspectos del lenguaje y la traducción*. Trad. Adolfo Castañón y Aurelio Major. México: Fondo de Cultura Económica.
- Subirats, Eduardo (1994) *El continente vacío. La conquista del Nuevo Mundo y la conciencia moderna*. Barcelona: Anaya y Mario Muchnik.
- Weinberg, Félix (1967) *El Salón Literario de 1837*. Buenos Aires: Hachette.